

TESTIMONIOS DE MUJERES ALEMANAS. VALPARAÍSO A MEDIADOS DEL SIGLO XIX¹

TESTIMONIES: GERMAN IMMIGRANT WOMEN IN
VALPARAISO AROUND MID-NINETEENTH CENTURY

BALDOMERO ESTRADA TURRA

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

Avenida Brasil 2950

Valparaíso

Chile

bestrada@ucv.cl

RESUMEN

El presente trabajo tiene como propósito conocer las opiniones de dos mujeres inmigrantes alemanas de Valparaíso, a mediados del siglo XIX, a fin de comprender su cultura y reflexiones personales sobre el medio local. Aunque se trata de dos perspectivas diferentes, se perciben comportamientos similares, especialmente respecto de su escasa relación con la sociedad nativa.

¹ Es parte del proyecto FONDECYT N° 1100590.

Palabras claves: Inmigración, colectividad alemana, integración, sociedad receptora, comercio.

ABSTRACT

This paper aims to know the opinions of two German women living in Valparaíso as immigrants in the mid-nineteenth century, in order to understand their culture and personal reflections on the local environment. Although these are two different perspectives, similar behaviors arise, especially in connection with their respective poor relationship to native society.

Key words: Immigration German Community, Integration, Receiving Society, Commerce.

Recibido: 30/04/2013

Aceptado: 17/06/2013

I. INTRODUCCIÓN

En las fuentes relativas a los estudios migratorios hasta mediados del siglo XX, escasamente se ha recogido testimonios femeninos. Si bien esto se explica, en parte, porque hasta dicho período la inmigración internacional fue mayoritariamente desarrollada por hombres, la omisión por la presencia femenina es fundamentalmente cultural, por cuanto hubo una relegación de la mujer asumiendo que esta no era protagonista, y su desplazamiento se reducía a seguir y obedecer a los hombres, quienes eran finalmente los que tomaban las decisiones y protagonizaban todo el proceso. Se agrega a esto que las mujeres tenían una muy escasa participación en la actividad pública remunerada, quedando relegadas a las funciones propiamente del hogar, fundamentalmente a cargo de la vida familiar.

Los estudios migratorios femeninos realizados hasta la fecha se han concentrado en los procesos contemporáneos en atención a su masividad

e importancia en el mercado laboral, siendo muy escasos los estudios para las oleadas migratorias de períodos anteriores a 1950 que, por lo demás, solo se ven matizados por algunos aportes realizados fundamentalmente por investigadoras mujeres. Tal como lo manifiesta Nancy Green, es necesario reescribir la historiografía referida a las oleadas anteriores, marcada por el estereotipo de la mujer sedentaria o que su desplazamiento no posee protagonismo, quedando totalmente al margen del proceso (47). Evidentemente, los testimonios directos de las mujeres inmigrantes son de extraordinario valor si queremos saber sobre su participación en los movimientos migratorios. El presente trabajo procura rescatar los testimonios de dos diarios de vida femeninos, referidos a un período escaso en testimonios, especialmente de un sector social cuya presencia fue muy importante para el desarrollo nacional, como fue el caso de los alemanes (Cano 54).² Al respecto, cabe señalar un aporte interesante, relacionado con la participación femenina en el proceso de colonización alemana en Valdivia, la investigación de Pauline Bilot.

A través de los relatos en cuestión queremos aproximarnos a la realidad del grupo social al que pertenecen las autoras, que corresponde a la elite de la colectividad alemana, que mayoritariamente se relacionaba con el comercio internacional y permanecía en el país por un número de años determinado, para luego trasladarse a otro puerto o regresar a Alemania. Por consiguiente, su vida social y profesional se desempeñaba al interior de un círculo muy cerrado, generando escasas relaciones con miembros de la sociedad nativa, salvo con quienes les prestaban servicios domésticos en sus respectivos hogares. Especialmente nos preocupa aproximarnos al conocimiento de aspectos propios de su cultura, costumbres, como también conocer sus reflexiones personales, relacionadas con sus condiciones de vida y percepciones sobre el medio local que, pese a las limitadas referencias, resultan muy interesantes para conocer sus propias perspectivas, prejuicios y valoraciones que hacían del medio en virtud de sus concepciones éticas y sociales. Los relatos femeninos poseen, entre sus valores, un plus que no encontramos en los realizados por hombres. Es evidente su mayor preocupación por los detalles.

² Acogemos de la autora su definición de diario de vida en cuanto a que diario puede considerarse cualquier obra sin trama argumental, escrita a lo largo de una época de la vida en la que el autor ha intentado reflejar su acción, pensamiento o ambas cosas.

Del mismo modo, sus relatos nos aproximan de mejor forma a expresiones sentimentales que trasuntan aspectos importantes de la mentalidad de las sociedades afectadas. Por otra parte, temas relacionados con la vida familiar y de la vida social surgen con mayor nitidez desde sus relatos.

Por lo precedente, consideramos que este trabajo aporta una importante perspectiva de aproximación al conocimiento de la forma en que miembros de una colectividad europea vivieron y se insertaron en la sociedad receptora, lo que nos permite conocer parte de la realidad que se vivió en un puerto americano en los inicios del proceso de globalización de fines del siglo XIX.

2. VALPARAÍSO Y LA COLECTIVIDAD ALEMANA A MEDIADOS DEL SIGLO XIX

A partir de la década de 1930, Valparaíso experimentó un cambio sustantivo en su actividad portuaria. La consolidación del sistema político y las políticas arancelarias orientadas a incrementar el comercio internacional significaron un importante estímulo para darle un mayor impulso a la actividad portuaria-comercial. Un destacado comerciante alemán, Eduard W. Berckemeyer, que operaba en distintos países de América del Sur, hizo notar, en su diario, la transformación que tuvo Valparaíso en el lapso de diez años cuando volvió al puerto en 1838. Señalaba que en su primera visita en 1828, en un año entraban cien navíos extranjeros y al menos ochenta o noventa tenían que salir en lastre; en cambio, para 1838 ingresaban al puerto sobre mil naves y, al contrario de la década anterior, los buques extranjeros llegaban a Valparaíso en lastre para cargar productos chilenos (126).

El desarrollo comercial afectó positivamente la transformación urbana y el crecimiento demográfico del principal puerto del país. La función portuaria de Valparaíso pasó a desempeñar un papel importante no solo para Chile, sino también para el entorno regional, comprendiendo a Perú, Bolivia, Ecuador, noreste argentino y ocasionalmente México y Centroamérica. Igualmente, su privilegiada posición geográfica era también importante para la expansión hacia las costas asiáticas, lo que estimuló la idea de William Wheelwright de formar una línea de navegación de vapores en Valparaíso. Asumió, de esta forma, la función de entrepot en la expansión del

capitalismo europeo, especialmente de Gran Bretaña, desde donde provenía la mayor parte de las mercaderías que pasaban por Valparaíso (Garreaud).

Si bien es cierto que la actividad comercial se incrementó para la década de 1840, diversos problemas afectaron su desarrollo, evidenciando la fragilidad de la actividad en virtud de su fuerte dependencia de factores externos. Conflictos entre países vecinos, expansión de la fiebre amarilla, saturación de los mercados y los movimientos revolucionarios europeos, hacia 1848, generaron una crisis que afortunadamente pronto se superó como consecuencia del hallazgo de oro en California. El impacto provocado por California fue radical para la marcha ascendente del puerto de Valparaíso. La actividad naviera hacia la costa norte del Pacífico, procedente de diversos lugares, aumentó de modo extraordinario la actividad portuaria. Igualmente, los requerimientos, desde Chile, de trigo y otros alimentos, incrementaron la actividad comercial de Valparaíso. Por otro lado, fue masiva también la emigración, desde Chile, de aventureros de todos los sectores que vieron en la extracción de oro en California la oportunidad de fraguar sus sueños de alcanzar suculentas riquezas. Según *El Mercurio*, a comienzos del año 1852, cerca de dos mil personas se habían embarcado en los últimos cinco meses con destino a California (Valparaíso, 6 de febrero de 1852). La alarma producida por ese drenaje, que se suponía dañaría la estructura del país, hizo que se representara al gobierno para que se tomaran las medidas tendientes a evitar la emigración masiva (*El Mercurio*, Valparaíso, 16 de febrero de 1852).

El movimiento portuario experimentó un alza sustantiva, de tal modo que para el quinquenio 1850-54 se duplicó el tonelaje transportado en relación al quinquenio inmediatamente anterior. Las exportaciones agrícolas incrementaron sus salidas, que fueron también demandadas desde Australia, donde comenzó a crearse un nuevo mercado para los mercados cerealistas nacionales (Garreaud 178).

Las transformaciones en el ámbito económico fueron notorias a partir de 1850. Era el paso del capitalismo comercial al financiero. Surgen así las sociedades anónimas y los bancos, instituciones que expresan los cambios de la economía internacional que inicia un proceso de globalización y expansión, agilizando las transacciones y permitiendo el desarrollo de obras públicas mayores. Entre los resultados de estos cambios, podemos mencionar la construcción del ferrocarril de Valparaíso a Santiago (1852-1863).

Para las dos décadas en que se ubican los relatos de nuestras autoras (1840-1860), la colectividad alemana experimentó un importante crecimiento en virtud del extraordinario desarrollo que tuvo la actividad comercial. Para el censo de 1865, el grupo estaba constituido por 783 personas. Se trataba en su mayoría de gente joven en condiciones de desempeñarse activamente en el mercado laboral, de tal modo que el 75% del colectivo se identificaba como población activa. En cuanto al género, el 75% eran varones.

La mayor parte de la población se concentraba en actividades de servicio, fundamentalmente vinculadas al comercio. De las 415 personas del sector servicios, 180 se identifican como comerciantes, a los que se deben sumar 34 empleados particulares que mayoritariamente se desempeñaban en establecimientos relacionados al comercio. El otro grupo sobresaliente es el de los marinos, a quienes no necesariamente puede considerárseles inmigrantes, por cuanto la mayoría de ellos rotaba y solo excepcionalmente permanecía en la ciudad definitivamente. En todo caso, su presencia revela la importancia que tenía la actividad naviera en la ciudad y la destacada presencia de navíos de origen alemán en nuestras costas.

Es importante destacar la creciente presencia de casas importadoras germanas. Para 1949 aparecían nueve establecimientos, que aumentan a diecinueve en 1857 (*Repertorio* 1850 y *Guía* 1858). Este grupo, posteriormente, irá en aumento en paralelo al mayor desarrollo del comercio internacional que experimentó la ciudad. El desarrollo de este tipo de establecimientos se vincula muy directamente con la concentración de un determinado tipo de inmigrante, que corresponde al medio al que pertenecieron Minna Claude y Maria Bulling, las autoras seleccionadas en este trabajo. Es decir, se trata de un grupo identificado con la burguesía de la época que tiene, en general, un tránsito itinerante por diversos puertos, donde operan sus empresas o las compañías para las cuales trabajan. Su permanencia podía ser de tres a cinco años en un determinado lugar y luego se trasladaban a otro centro de operaciones en relación a sus capacidades y la evaluación que se hacía de su desempeño cuando eran empleados, o simplemente en consideración a sus intereses personales, cuando se trataba de socios o dueños de una determinada casa de consignación.

En este grupo encontramos también a los representantes diplomáticos de las diferentes ciudades y repúblicas hanseáticas previo a la unificación

alemana. Dado que se trataba de cargos *ad honorem* y su función principal era facilitar las actividades comerciales, quienes desempeñaron estos cargos fueron sobresalientes comerciantes establecidos en la ciudad. Los primeros nombramientos se efectuaron en 1835, cuando se nombró a Simon von Post como cónsul de la República y Ciudad Libre y Hanseática de Bremen, y a August Hermann Kindermann como cónsul de Hamburgo. Von Post era uno de los socios de Schutte Post y Cía., una de las primeras casas comerciales establecidas en la ciudad, y pertenecía a una familia de fuertes lazos comerciales y familiares con importantes familias de Bremen instaladas en Estados Unidos de Norteamérica y en Sudamérica. Por su parte, Kindermann era cajero en la casa Huth Gruning y Cía., otra de las casas consignatarias pioneras en Valparaíso, y tuvo una activa participación como cónsul en la venida de colonos alemanes a nuestro país.

Paralelo a las casas importadoras surgieron también otros establecimientos relacionados al comercio y navegación internacional, como casas abastecedoras de alimentos y pertrechos náuticos. Cabe señalar que para 1857 se identificaba a diez propietarios de buques establecidos en Valparaíso con nacionalidad alemana. Había, por consiguiente, diversos negocios ocupados en proveer de alimentos a las tripulaciones en sus largos periplos como también en proporcionar aparejos, velamen u otro tipo de implementos que se requerían reemplazar o reparar de los barcos luego de la larga travesía desde Europa.

Entre los oficios desempeñados por los alemanes, llama también la atención el elevado número de carpinteros que llegó a la ciudad para la época. El censo de 1865 registraba sesenta carpinteros que, en las décadas siguientes, fueron aumentando. Muchos de estos especialistas se dedicaban a la reparación de navíos. La ausencia de artesanos en el país y el alto prestigio alcanzado por los alemanes, fruto de una prolongada tradición y profesionalismo, hacían que el medio les recibiera con mucho interés, en una época en que la construcción experimentó una notoria expansión.

La actividad social de la colectividad, como veremos por los testimonios de María Bulling, fue bastante interesante y por ello no es de extrañar que en 1838 se fundara el Club Alemán, como iniciativa de un grupo relacionado al comercio internacional. Aunque se fundó con solo 27 socios, diez años después ya reunía a cien miembros, mayoritariamente alemanes por cuanto el requisito para pertenecer a la institución era que hablaran ale-

mán, por lo cual había también miembros de otras nacionalidades europeas como británicas y escandinavas, así como algunos chilenos (Von Loe, “Los Comerciantes Alemanes en Valparaíso” 199). El valor de las cuotas que debían pagar era significativo, por lo que se trataba de una institución elitista.

Luego aparecieron otras instituciones que fueron entregando diversos servicios y posibilidades de protección y mantenimiento de su identidad, como la Segunda Compañía de Bomberos (1851), el Colegio Alemán (1857) y el Hospital Alemán (1875). Sin duda, los alemanes han sobresalido, en todas partes, por su capacidad para crear instituciones étnicas, lo que ha servido para reforzar su característica de grupo con tendencia al enclausamiento en relación a las sociedades receptoras. Al respecto, Elisabeth von Loe afirma que el colectivo alemán de nuestro principal puerto, durante el siglo XIX, “es el que muestra, tal vez, en mayor dimensión que otros grupos étnicos, ciertas dificultades de aculturación y asimilación dentro de la sociedad que los acoge” (“Comerciantes Alemanes en Valparaíso” 195).

Es importante señalar que junto a la elite conformada por quienes se relacionaban al comercio internacional, se aglutinaban también otros miembros del grupo que se desempeñaban mayoritariamente como profesionales o comerciantes manejando sus propios establecimientos en la ciudad. Entre los más sobresalientes están los farmacéuticos de reconocido prestigio en el rubro como también los fabricantes de cervezas, quienes también vinculaban su oficio a la nacionalidad a partir de la reconocida experiencia y prestigio que tenían los germanos en la elaboración de cerveza. Por otro lado, también debemos agregar a pequeños artesanos que posteriormente tuvieron mucha importancia en el desarrollo industrial de la ciudad tanto en el sector alimenticio como manufacturero. Al revisar los oficios que ejercen algunos alemanes, encontramos a panaderos, pasteleros, herreros, maquinistas, hojalateros, tapiceros, ingenieros, etc. Como sabemos que posteriormente muchas de las industrias que surgieron en la ciudad fueron impulsadas por alemanes, es pertinente señalar también la participación de estos profesionales en el quehacer urbano de la ciudad desde una perspectiva diferente a la comercial.

Aunque siempre es aventurado generalizar respecto de las condiciones en que se encuentran los distintos grupos inmigrantes, es evidente que los alemanes gozaban de una posición privilegiada para el momento histórico que nos interesa. A juicio de P. Treutler, quien nos visitó en el período que

nos ocupa, había pocos alemanes que no estuvieran en situación de hacer ahorros de importancia en corto tiempo, siendo muchos los que habían regresado a Europa con fortunas importantes formadas en un lapso a lo sumo de diez años (56).

3. LAS AUTORAS

Minna Claude llegó a Valparaíso en 1840 acompañando a su esposo Adolph Claude, quien junto a su hermano Carl poseían en dicho puerto una casa importadora (Dobrucki). Si bien se trata de un matrimonio alemán, procedente de Hamburgo, los últimos años, por razones de negocios de la empresa, habían estado residiendo en Londres, desde donde viajaron a Chile. El matrimonio tuvo cuatro hijos, pero el mayor quedó estudiando en Alemania, preparándose para luego integrarse a la firma de la familia. De los que llegaron a Chile, uno falleció en Valparaíso. La permanencia de Minna fue de cerca de diez años, ya que por motivo de la muerte de su esposo, en 1949, a la edad de 47 años, decide volver, quedando en Valparaíso su hijo mayor, Robert Arthur, quien se casó posteriormente con M. A. Schwager, de origen británico, generando así la descendencia familiar que quedó en Chile.

El testimonio de Minna incorpora también cartas que envía a su familia en Alemania y, en comparación con el diario de María Bulling, hace mayores referencias a la población nativa y coincide con esta en su crítica visión sobre esta. En general, su relato entrega mayor información sobre el entorno que le rodea, que si bien es el mismo grupo al que pertenece María Bulling, la relación que tiene Minna es muy diferente, por cuanto esta desarrolla escasa vida social y su principal preocupación es su familia, a la que dedica todos sus afanes diarios. Cabe señalar que la familia poseía un personal de servicio numeroso que cumplía diversas obligaciones propias de un hogar, que incluía mayordomo, cocinera, criadas, lavandera y también un preceptor que hicieron traer desde Alemania luego de advertir las dificultades del medio para encontrar un lugar apropiado donde poder educar a sus hijos.

María Bulling era una mujer soltera que llegó sola a Chile, a los 26 años de edad, a ocuparse como institutriz de una familia constituida por un esposo alemán y su cónyuge norteamericana. La razón del viaje de M. Bulling a Chile era lograr una mejor situación en forma independiente

y huir de una desgracia que afectó a su familia por un problema que tuvo su padre y que significó la pérdida del patrimonio familiar, prestigio y honorabilidad. Las posibilidades de ocupación eran muy limitadas, dada su formación, y se reducían a ama de llaves, institutriz o dama de compañía, lo cual se veía facilitado por el conocimiento de idiomas que tenía María como también de música y literatura. Su venida a Chile se produjo como resultado de una recomendación de parte de una familia amiga de Bremen para desempeñarse en Chile. Se trataba del uso de redes sociales que operaban dentro de la colectividad, las que permitían preservar las costumbres y valores más allá del terruño. La idea de contratar a una institutriz alemana perseguía inculcar en los educandos los valores de su medio cultural. El diario de María Bulling se refiere a la década de 1850 (Von Loe, *María Bulling. Una institutriz alemana*). Luego de desempeñarse como institutriz para la familia Muller entre 1850 y 1854, se va como dama de compañía a casa de la familia Diestel, con quienes mantuvo siempre una muy buena relación de amistad. En este nuevo hogar no recibía remuneración y se ocupó en dar clases de piano y de idioma alemán, hasta 1858, cuando los Diestel regresaron a Alemania. Se traslada entonces a vivir con el matrimonio conformado por el británico John Evans y su esposa, María Teresa Canciani, de origen italiano que había enviudado de un primer esposo de origen alemán. Allí se encontraba cuando termina el diario en 1861. Sabemos por otras fuentes que posteriormente contrajo matrimonio y que después se separó de su esposo, que también era alemán. Tuvo un hijo que falleció en la infancia, y ella falleció finalmente en Chile, a la edad de 90 años, en diciembre de 1914, tras lo cual fue sepultada en el cementerio de disidentes de Valparaíso.

4. VIDA SOCIAL INTERNA DEL COLECTIVO ALEMÁN

Pese a las limitaciones literarias del extenso documento de M. Bulling, su contenido posee una gran riqueza, por cuanto nos revela aspectos importantes de la vida privada del medio social que acoge a la autora. Igualmente, nos ilustra sobre la mentalidad del grupo, que se remite fundamentalmente a miembros de las colectividades alemana y británica. Aunque la vida de la autora transcurre en Valparaíso, las referencias a la vida local son muy escasas y de muy poco significado. Por consiguiente, se trata de un excelente

medio para conocer sobre la vida de los europeos que habitaron en Valparaíso a mediados del siglo XIX, a través del relato de uno de sus miembros. La ausencia de referencias al medio refleja el aislamiento del colectivo y los escasos vínculos que poseían con la sociedad nativa (Von Loe, “El diario de vida de M. Bulling”).³ En todo caso, esta era una actitud general de los europeos del norte. Los propios británicos, a través de su periódico *The Chilean Times*, criticaban tal conducta separatista que mostraba su colectividad, quejándose de que los jóvenes ingleses que llegaban a Valparaíso se agrupaban con sus coterráneos en lugar de compenetrarse de las costumbres de los chilenos entre los cuales vivían. El periódico agregaba que muchos tenían una actitud desdeñosa hacia la población nativa y difícilmente tenían amigos entre los chilenos. Consideraba esto un error, por cuanto se dependía del país y su gente para subsistir (*The Chilean Times*, Valparaíso, 28 de marzo de 1877).

Lo concreto era que las colectividades sajonas privilegiaban la vida social entre ellos incorporando excepcionalmente a miembros de la elite local o de otras nacionalidades. Uno de los aspectos que llama la atención en el diario de M. Bulling es la activa vida social que vivían los migrantes procedentes del norte europeo. Permanentemente estaban realizando reuniones en sus casas, ya sea para bailar o efectuar veladas musicales donde se cantaba o se realizaban interpretaciones de grupos instrumentales aficionados o apoyados por intérpretes profesionales, para lo cual se invitaba a profesores del medio o a artistas que solían llegar a la ciudad para realizar presentaciones públicas. Del mismo modo, era común se reunieran para realizar lecturas colectivas o para efectuar funciones de teatro que terminaban con baile. A los miembros del buque austríaco “Novara”, en las reuniones sociales de chilenos les llamó la atención el alto interés de las mujeres por los temas políticos, a diferencia de los hogares de extranjeros, donde no se trataban tales temas y, por el contrario, la conversación se remitía a la literatura, arte, música y canto, del cual hacían gala especialmente los alemanes (Torres 67).

³ La autora establece que M Bulling menciona aproximadamente 400 nombres en su diario, de los cuales un 44% corresponde a alemanes, 34% a británicos, 6.6% a chilenos y 5.1% a otras nacionalidades, siendo el resto nombres ilegibles.

Por otro lado, son permanentes también las actividades al aire libre como paseos, competencias deportivas, picnics o cabalgatas a lugares cercanos. Este comportamiento no se condice con la percepción que se tiene tradicionalmente de estos grupos europeos a quienes se les supone, en virtud de su puritanismo protestante, una conducta más retraída y austera (Von Loe, “El diario de vida de M. Bulling”). Es evidente, entonces, que no es apropiado generalizar a partir de las identidades que surgen de la nacionalidad y menos podrían hacerse caracterizaciones a base de credos religiosos.

Aunque se percibe una activa vida social entre los extranjeros, cabe también señalar a quienes por su activa vida religiosa o simples costumbres se mantenían al margen de esta actividad. Entre las familias de descendencia británica es emblemática la figura de Juana Ross de Edwards quien, pese a su fortuna, se marginaba, al igual que su esposo, de las actividades sociales. Por el contrario, se concentraba en sus quehaceres, distribuidos fundamentalmente en obras de caridad. Para la inauguración de su palacio, que para entonces fue considerado el más impresionante de la ciudad, no realizó un baile de recepción en sus dependencias sino que organizó un bazar de caridad en beneficio de los más pobres de la ciudad (*El Mercurio de Valparaíso*, 23 de noviembre de 1872). Algo similar ocurría con la familia Claude, tal como lo cuenta en su diario Minna Claude, que vivía cerca del edificio de la Aduana, distante del Cerro Alegre y sus veladas habituales. Las actividades hogareñas diarias, luego de que su esposo regresaba del trabajo, se reducían a la lectura para él, y bordados y tejidos para ella (Von Loe, “Esparcimiento, sociabilidad y vida comunitaria”). La familia Claude habitualmente no recibía visitas y tampoco las hacía. Las escasas veladas que se efectuaban en su casa eran cenas a horas tempranas. Los invitados llegaban a las seis de la tarde. Después de la cena los varones jugaban whist y algunas damas jugaban ajedrez o charlaban entre ellas. Entre las 11 y las 11.30 se retiraban todos. Aunque los Claude tenían la intención de desarrollar más actividades sociales, finalmente desistían de organizarlas por considerar que sus veladas eran aburridas (Dobrucki 63). Los domingos, para la familia Claude, eran de contenido religioso, concurrían a la iglesia, no realizaban ningún tipo de trabajo. Ella se entretenía tejiendo, y los niños pegando imágenes (Dobrucki 63).

Territorialmente, alemanes e ingleses se establecieron en una zona de Valparaíso que les marginó del resto de la ciudad, por cuanto se concentraron en el Cerro Alegre. Para los ingleses era habitual separar los ámbitos

laborales de los residenciales, buscando así alejarse del bullicio, suciedad, agitación y presencia de gente desagradable que solía frecuentar las concurridas calles donde se ubicaba el comercio. Se procuraba establecer la residencia en lugares apacibles, hermosos y distantes de la vorágine propia de la ciudad comercial (Vargas 620). En relación al Cerro Alegre, la esposa del Cónsul norteamericano, Mr. Merwin, señalaba que estaba ocupado enteramente por extranjeros y cada casa poseía su pequeño jardín cercado, lo que constituía un verdadero lujo por lo estéril del terreno, lo cual obligaba a comprar el agua a un elevado precio (Merwin 27).

5. POSICIÓN DE LA MUJER ALEMANA DENTRO DE SU COLECTIVO

Para las mujeres alemanas inmigrantes, las virtudes femeninas se trasladaban con ellas. Quienes llegaban a Valparaíso acompañando a sus esposos comerciantes o miembros de compañías, empresas o instituciones financieras alemanas, identificadas con sectores burgueses, se remitían a mantener sus costumbres tradicionales. Uno de los cambios que se producía en Chile estaba determinado por la posibilidad de poder contar con mayor cantidad de personal de servicio, lo cual les simplificaba sus tareas concentradas en mantener en funcionamiento la casa, y preocuparse de educar y proteger a sus niños. Entre el personal de servicio se contaba el cocinero/a, mayordomo/s, sirvientes de mano. A lo que se agregaba la institutriz, normalmente británica o alemana, encargada de la educación de los niños y que habitualmente vivía en la casa.⁴ Hay que considerar, además, que el lavado de ropa se hacía por lavanderas que recogían semanalmente las piezas. Agréguese a cocheros y jardineros. En todo caso, se entendía que el compromiso de efectuar todas estas tareas correspondían a la dueña de casa, como lo manifiesta Minna Claude:

⁴ En el caso de las familias chilenas habría que agregar a las nodrizas que se encargaban de alimentar a los niños desde su nacimiento. Esta costumbre no era practicada por los extranjeros y, por el contrario, era criticada, como ocurre en el caso de la esposa del Cónsul norteamericano, Mrs. Merwin, quien hace notar la escasa relación que tienen los hijos con sus padres y especialmente con sus madres, por cuanto en general están al cuidado de sirvientes (85).

Sólo cuando uno mismo labora y actúa, cuando hay que mantener el orden en casa y huerto, cuando el esposo ejerce su actividad. Sólo entonces la tranquilidad es apreciada como bienhechora, entonces se confirma el dicho “después del trabajo es bueno descansar”. El flojear y hacer nada puede ser muy lindo en un comienzo, pero con el correr del tiempo —al menos a mí me sucede— una se siente insatisfecha, cuando sólo se disfruta. (Dobrucki 65)

La educación y cuidado de los hijos consumía parte importante de las ocupaciones diarias y no dejaba mucho tiempo, sobre todo cuando sabemos que se trata de familias muy numerosas. En parte de su correspondencia, Minna Claude escribía a su hijo en Alemania: “Todo sigue su curso tranquilo —yo enseño y velo y cuido y educo y tengo mucho que hacer con la vestimenta de los hijos, de manera que en ocasiones desearía tener más manos” (Von Loe, “Inmigrantes Alemanes en Valparaíso” 5).

En relación a su esposo, la posición de Minna es de absoluta entrega, como explícitamente lo señala en varias ocasiones a través de su relato. Desde Inglaterra informaba a sus hermanas sobre su viaje a Chile y les hacía saber lo feliz que estaba su esposo con la noticia por las perspectivas que tal destino tenía para sus negocios y ante lo cual concluía que ella también debía alegrarse con él, señalando que se debía a él (Dobrucki 6). En otra parte del diario agrega que donde vaya su esposo ella también quiere ir y donde él se quede ella también se quedará, por cuanto siente que así está en su lugar y es feliz (Dobrucki 36).

María Bulling representa a otro tipo de mujer, a aquella que ha tenido que asumir su independencia y que se muestra rebelde ante la imposición de la autoridad masculina. De allí que su visión y relación con el sexo opuesto vinculada a sus sentimientos y aspiraciones de vida futura es muy diferente a la de Minna Claude. Es evidente la preocupación que muestra María por su soltería, preocupación que va aumentando en la medida que avanza el tiempo. Su llegada a Valparaíso no pasa desapercibida para la colectividad, muy reducida en mujeres, por lo cual no son muchas las solteras que existen. A su llegada a Valparaíso solo había dos alemanas solteras pero, a fines de 1850, se produjo el anuncio de matrimonio de la señorita Wolff, lo que significaba que María quedaba como la única soltera, “para su gran pesar”, como ella misma lo manifestó en su diario (Von Loe, *María Bulling. Una institutriz alemana* 28).

Pese a las perspectivas favorables que ofrecía el medio por la escasez de mujeres, las condiciones eran complejas, por cuanto su venida a Chile estaba sujeta a un contrato por tres años, y quienes la trajeron no veían con buenos ojos un posible noviazgo de su institutriz. Por otro lado, la propia María se sentía menoscabada ante sus posibles pretendientes por cuanto se consideraba poco agraciada y de edad avanzada. Por lo demás, tampoco estaba dispuesta a aceptar cualquier ofrecimiento y exigía ciertas comodidades acorde a su estatus, lo que implicaba que el futuro esposo debía poseer una posición económica sólida que garantizara sus aspiraciones. De hecho, en su viaje de venida a Chile uno de sus acompañantes le propuso matrimonio al llegar, pero ella lo rechazó por no sentirse atraída por él, aunque en ocasiones se mostrara dudosa ante tal decisión (Von Loe, *María Bulling. Una institutriz alemana* 43).⁵ En este rechazo sus argumentos fueron fundamentalmente sentimentales y solo lamentaba su situación de soltería porque le impedía tener su propio hogar, ya que consideraba “muy atractivo vivir en lo de uno” y reconocía gran ansiedad por tener esa condición de vida.

La inseguridad en que vivía María, tanto en lo material como en lo sentimental, era un tema recurrente en sus escritos. Por otro lado, era también importante para ella disfrutar de ciertos niveles de independencia, que su condición de institutriz no le permitía, al estar sujeta a la autoridad de los dueños de casa. De allí que permanentemente manifestara su deseo por tener su propia casa y no estar sometida a ese estado de dependencia que le impedía tomar decisiones sobre su vida cotidiana y, por el contrario, debía acatar horarios y actividades que no siempre deseaba.

¡Oh libertad, libertad! ¡Cuánto la añoro en este momento, cuanto envidia a mis amigas que gustosamente pueden hacer y deshacer en su propia casa! ¿Por qué los humanos serán tan extraños y disconformes? Muchas veces, en mi propia

⁵ Sostenía María Bulling sobre el tema: “Creo que Marie Tholken tenía razón cuando me aconsejó que me casara, incluso si el partido que se me ofreciera no fuera brillante. Y creo que tiene razón y a veces pienso que hice bien al rechazar la oportunidad que se me ofreció aquí a los pocos días de llegar. Pero en ese momento no pude actuar de otra manera, pregunté a mi corazón y este me hizo reconocer que no había ni un ápice de lo que se necesita para una unión por toda la vida, y estoy satisfecha por haber actuado de este modo” (43).

casa me he cansado de disponer y sólo ansiaba salir y ahora que estoy fuera del todo y ahora que puedo considerar hasta míos a los niños, nuevamente estoy descontenta. (Von Loe, *Maria Bulling. Una institutriz alemana* 39)

Por otro lado, la libertad anhelada por María se vinculaba también al matrimonio con la idea de tener un hogar. Le preocupaba también que su hogar paterno se hubiera deshecho luego de la muerte de su padre y de su hermana. No tenía donde regresar y había perdido a su familia, lo cual le hacía sentir el desamparo y la ausencia de un lugar de pertenencia familiar. Consideraba que su condición femenina la ponía en condiciones desventajosas en la sociedad ante la soledad: “Qué infelices somos las mujeres cuando estamos solas en el mundo y de cuánto coraje se requiere para llevar adelante la vida” (Von Loe, *Maria Bulling. Una institutriz alemana* 47). No era fácil para ella, además, desempeñar su labor de institutriz por cuanto no sentía mucha afición por tal oficio, el cual consideraba complicado ya que era “terriblemente difícil” enseñar a los niños (54). Hacía notar explícitamente, además, la discriminación de género que sufrían las mujeres en el ejercicio de la profesión, por cuanto los hombres, desempeñando el mismo oficio, obtenían el doble de salario, teniendo mucho más tiempo libre luego de terminadas sus clases. Su protesta ante la situación la llevaba a lamentar su condición femenina: “Cuántas veces he deseado ser hombre, para estar libre y en condiciones de seguir adelante. ¡Y cuánto lo deseo ahora nuevamente! Pero nosotras, pobres mujeres, estamos solas en el mundo, criaturas miserables, y esa es la razón por la cual todas desean casarse” (64). Pese a todo, se negaba a aceptar tal situación sosteniendo que solo se casaría si “el partido es brillante o muy bueno”, haciendo notar que era muy exigente, aunque le pesaba la opinión de otras mujeres que pensaban que un partido menor con fogón propio es preferible a estar sola en casa ajena (64). El transcurso del tiempo y las limitaciones que tenía para desplazarse libremente incrementaban sus deseos por ser libre, sosteniendo que se sentía como “pájaro en jaula de oro”, por lo que se atrevía a asegurar que se conformaría con un “pequeño partido” si fuera la persona amada y eso le significara obtener la libertad (86).

Mucho se lamentaba María de la mala costumbre social de su entorno, que tan pronto veía a una pareja de jóvenes conversar en forma continua inmediatamente le auguraban matrimonio (Von Loe, *Maria Bulling. Una*

institutriz alemana 81). Creía que tal conducta atemorizaba a posibles pretendientes. Así, al menos, lo pensó con uno de ellos, en el cual vio cambios evidentes en su conducta y supuso que se debieron a comentarios poco atinados al respecto. No obstante, pareciera que el aludido finalmente no tenía verdadero interés en ella.⁶ Y, como ya se mencionó anteriormente, pensaba que sus empleadores tampoco veían con agrado a los posibles maridos y se los ahuyentaban (Von Loe, *Maria Bulling. Una institutriz alemana* 89). Esta actitud determinaba que muchas familias no la invitaran a sus actividades sociales por miedo a ofender a quienes la trajeron de Alemania.

Se sumaba a todo lo anterior los complejos que tenía respecto de su supuesta fealdad y edad. Permanentemente hacía alusión a su limitada belleza y mayoría de edad. Aunque no sabemos si efectivamente no era bien dotada físicamente, su apropiada capacidad para desenvolverse socialmente era palmaria. Poseía dotes musicales como cantante e intérprete de piano en un nivel por sobre el promedio, ya que se preocupaba de tomar clases con destacados maestros, y su capacidad como profesora era reconocida pues siempre tuvo alumnos a quienes enseñar. Por otro lado, disfrutaba del baile y las representaciones sociales, y su presencia en diferentes actividades artísticas y sociales era constantemente requerida. En cuanto a su aspiración de hombre ideal, reconocía que no le atraía por su belleza y le preocupaban otras cualidades como la entereza, fineza y confianza en sí mismo. Reconocía buscar la autoridad masculina y rechazaba a aquellos que se mostraban sumisos, por cuanto consideraba que “no hay nada más miserable que un hombre débil” (Von Loe, *Maria Bulling. Una institutriz alemana* 49).

Pensaba que no lograba conquistar a nadie y que su juventud ya había pasado. Al mismo tiempo se reconocía de apariencia orgullosa. Tenía consciencia, además, de que estaba acostumbrada a recibir atenciones y ser mimada, y le afectaba cuando no recibía tal trato. En un baile se incomodó porque no le fueron presentados unos recién llegados, lo cual justificó

⁶ Al respecto, lamenta: “¿Por qué tenían que embromarlo conmigo y hacerme perder un amigo? Estoy completamente convencida de que son solamente las bromas las que lo han alejado de mi lado y que no se atreve” (94). Sobre este mismo frustrado novio, acota en otro pasaje: “Me parece que siempre estuviera en pugna consigo mismo, me evita y, sin embargo, parece que le gusta acercarse, me observa como un lince y habla poco cuando está conmigo” (50).

porque no era hermosa y se desempeñaba como institutriz. Reconocía que reaccionaba inapropiadamente cuando no recibía la atención que creía merecer y consideraba que era únicamente una muestra de vanidad de su parte que solo le había proporcionado problemas, y se lo explicaba porque anteriormente recibió un trato muy deferente, pero cuando su juventud había desaparecido, había perdido su independencia y envejecido; sin embargo todavía esperaba recibir el mismo trato (Von Loe, *Maria Bulling. Una institutriz alemana* 90). Consideraba que todo gira en torno a la belleza y de allí su exclamación: “¡Oh, si fuera bella! Entonces sería posible hallar la felicidad” (83).

En cuanto a su edad, dicho argumento pudo tener asidero cuando superaba los 30 años, pero ella manifestaba esta preocupación cuando tenía 26. Según su opinión, una mujer en su medio era considerada vieja pasados los 20 años.⁷ Es palmario que María Bulling padecía de complejos objetivamente injustificables. Los efectos que tuvo en ella la pérdida de estatus y el rumbo que tomó su vida luego de los problemas que tuvo su padre, evidentemente afectaron su inserción en la comunidad alemana porteña, generando algunas conductas que pudieron afectar sus relaciones con los varones. Hay evidencias de que tuvo algunos pretendientes, pero estos no cumplieron con los estándares que ella exigía y lamentablemente aquellos que los poseían no respondieron a sus expectativas. Para la segunda mitad del siglo, la edad promedio de las esposas nacidas en Alemania era de 27 años, frente a las nacidas en Chile que era de 24 años (Salinas). En general, se advierte por parte de las colectividades inmigrantes una diferencia al menos de tres años frente a la sociedad nativa. Esto es, los extranjeros casaban a edad superior que los chilenos. Por lo demás, con el transcurso del tiempo los matrimonios se fueron realizando más tardíamente. Utilizando como fuente el Registro Civil de Valparaíso, para el período 1885-1905 la edad mediana de las mujeres pertenecientes a la colectividad alemana fue de 25 años; para 1906-1912 fue de 24 años y para 1913-1920 fue de 26 años (Aravena 84).

⁷ Agrega sobre el tema: “Nosotras las pobres mujeres estamos mal, más aun si no somos bonitas y hemos pasado los veinte años. Todos se ríen de nosotras y nos ridiculizan” (Von Loe, *Maria Bulling. Una institutriz alemana* 96).

Es pertinente consignar el carácter endogámico que presentaba el colectivo alemán que era, por lo demás, característico también de los otros grupos europeos. Empero, la escasa presencia femenina de connacionales alteró las composiciones étnicas, haciendo que predominaran los enlaces entre varones europeos y mujeres chilenas, pese a los diversos mecanismos que usaban los varones alemanes para poder traer una novia procedente de Alemania, ante las dificultades para conseguirlas en Chile. Es elocuente, al respecto, la narración de Paul Treutler sobre la situación que le correspondió vivir cuando venía a Chile en 1851. Al referirse a la presencia de dos damas en la tripulación, señala:

Eran novias que seguían a Valparaíso a sus prometidos, emigrados algunos años antes y que habían adquirido entre tanto una fortuna en su nueva patria. Como no eran ni jóvenes ni hermosas, constituían una manifiesta demostración de la lealtad alemana, que en este caso se destacaba tanto más cuanto en la República de Chile hay bellísimas muchachas, que dan preferencia al extranjero, y sobre todo al alemán, quien, mediante tal relación, podrá lograr fácilmente una magnífica situación, en circunstancias que estas novias no tenían para ofrecer, según parece, nada más que un corazón alemán. (23)

Sobre un 80%, las mujeres europeas prefería un esposo de su nacionalidad, luego otro europeo y finalmente un chileno, y en este caso se trataba de alguien que tuviera una buena posición económica o simplemente la novia no resultaba muy atractiva para sus connacionales por diversas razones.

Mina Claude narra que muchas mujeres —las cuales en Europa, por su edad, ya no tenían ninguna posibilidad de contraer matrimonio— llegaban a la ciudad con la intención de buscar varones casaderos (Dobrucki 36).

Respecto del cambio de estado civil de la joven María Bulling, aunque en su diario nada señala sobre su matrimonio, sabemos que finalmente contrajo el sagrado vínculo con un alemán, a la edad de 37 años. Su marido fue Richard Schumacher, astrónomo alemán de 35 años de edad a quien María conoció en 1860, en un viaje a Santiago, sin sentirse impresionada para nada por él. En las páginas de su diario, las referencias a la proposición de matrimonio de Schumacher no eran exactamente manifestaciones de satisfacción. Se mostraba muy dudosa frente a la posibilidad de casarse y era evidente que le preocupaban aspectos materiales sobre su posible

matrimonio, ya que no había duda sobre la ausencia de motivos sentimentales que justificaran su decisión final.⁸ De allí su reflexión ante la proposición de matrimonio: “Lo que yo deseo no puede ser y lo que me ofrecen es inaceptable” (Von Loe, *Maria Bulling. Una Institutriz alemana* 275) Surgió aquí la motivación del matrimonio como ámbito de protección y seguridad que requería de fuerte apoyo material como medio de satisfacción de dichos logros. Lamentablemente, este matrimonio no fue muy afortunado, pues sabemos, por las investigaciones realizadas por Elisabeth von Loe, que finalmente fracasó.

6. LA SOCIEDAD RECEPTORA Y LAS OTRAS COLECTIVIDADES

Las relaciones de Minna y María con la sociedad receptora eran muy limitadas y fundamentalmente se referían a sus experiencias con la servidumbre. Entre las observaciones de M. Bulling, podemos rescatar una referencia sobre nuestra sociedad donde hacía notar lo poco que se relacionaban las damas entre sí y la escasa relación que tenían estas con los varones, por lo cual creía que sin sus coterráneas no habría tenido amigas en Valparaíso (Von Loe, *Maria Bulling. Una institutriz alemana* 49). Efectivamente, problemas de idioma impedían un mayor acercamiento, pero también eran perceptibles las diferencias culturales. Por otro lado, las mayores posibilidades de relaciones con la población nativa se dieron con quienes desempeñaban funciones de servicio doméstico en sus respectivos hogares. En el caso de la familia Muller, que trajo a María Bulling, esta tenía siete sirvientes, además de la institutriz que se encargaba de la educación y también del cuidado de los hijos. Habría que agregar a lavanderas, mayordomos, caballerizos, jardineros, costureras y cocineros. La familia Claude tenía cinco sirvientes, siendo una de ellas inglesa.

⁸ Se muestra pesimista respecto de su imagen frente a su futuro esposo en su primera cita luego de que se conocieran en Santiago: “El pobre diablo quedará hartamente decepcionado cuando vuelva a verme ya que no soy aquella joya que él tiene en mente. Si realmente me ama y pudiera hacerme feliz, sería doblemente triste que sus medios no alcanzaran para realizar sus sueños. ¡Por desgracia en este mundo normalmente nada es como debiera ser!” (Von Loe, *Maria Bulling. Una institutriz alemana* 275).

Minna Claude, a su llegada, tuvo una impresión no muy positiva de las mujeres chilenas, señalando que le daban “una impresión desfavorable”, describiéndolas como de tez muy oscura, cabello negro, comúnmente de aspecto desordenado e hirsuto. A su juicio, solo algunas se veían ordenadas (Dobrucki 25). Le llamaba la atención que ninguna se cubría el cabello. Posteriormente corrigió su percepción cuando las vio un domingo, observando que se veían mucho mejor, con caras bastante bonitas, embellecidas por la vestimenta que usaban para concurrir a misa (Dobrucki 26).

Sobre los hábitos de limpieza de los chilenos, Minna Claude tenía serios reparos, particularmente en relación a sus sirvientes. De allí que evitaba que ellas se encargaran de asear a sus hijos, porque, a su juicio, las sirvientas le tenían al baño pues creían que los niños se iban a resfriar cuando les humedecían más allá de la nariz y la punta de los dedos (Dobrucki 83).

Minna era también muy crítica con la educación que se entregaba en el país. Consideraba que a los niños no les enseñaban nada y solo aprendían cosas de memoria que no tenían ninguna importancia y no entendían mucho de ellas (Dobrucki 89). Se agregaba a esto las limitaciones para acceder a libros que permitieran implementar la formación e instrucción de los niños, por lo cual permanentemente estaba solicitando textos a sus familiares en Alemania. Finalmente, la familia Claude solucionó el problema educacional trayendo a un tutor desde Alemania para que se dedicara exclusivamente a educar a sus hijos. Cabe señalar que este tutor fue el amor imposible de María Bulling.

Uno de los principales problemas que tuvo que enfrentar la familia Claude con su servidumbre tenía que ver con hurtos y fue normal que despidieran a algunos sirvientes como consecuencia de este tipo de delitos. Fue el caso de la costurera, quien además de perezosa, a juicio de Minna, les robaba y por ello fue despedida, aunque volvió posteriormente, en forma subrepticia, para robar lana, siendo sorprendida por el mayordomo (Dobrucki 48, 54). Similar situación se vivió con uno de los mayordomos quien, además de robarles, les quedó debiendo dinero que había solicitado en préstamo. Este empleado fue reemplazado, pero el nuevo mayordomo tampoco satisfizo las expectativas de Minna, quien lo calificó de desagradable e impertinente, por lo cual no permaneció mucho tiempo en el cargo (Dobrucki 95). Un caso aparte lo constituían las lavanderas, quienes iban a las casas a recoger la ropa y la llevaban a sus casas, donde efectuaban el trabajo del lavado. En

opinión de Minna, su trabajo era muy irregular por cuanto lo normal era que demoraran la entrega y perdieran prendas (Dobrucki 61).

La rotación de empleados era normal y esto queda testimoniado en ambos relatos. María Bulling señalaba las dificultades que tuvieron en casa con las cocineras que se iban o eran despedidas por no desempeñar apropiadamente sus funciones de acuerdo a las exigencias que les hacían (Von Loe, *María Bulling. Una institutriz alemana* 58).

En el caso de María Bulling, la impresión que recogía de los chilenos era muy similar a la de Minna Claude. Según su parecer, “el chileno desconoce el agradecimiento, y quien pretenda encontrarlo en él se ha equivocado. Igualmente trabaja poco, sólo lo absolutamente necesario; si en un par de días gana el sustento para una semana, evita trabajar durante los días restantes. Vive al tres y al cuatro y, si no puede trabajar, encontrará a alguien que lo saque adelante” (Von Loe, *María Bulling. Una institutriz alemana* 140). Agregaba algunos comentarios sobre las limitadas capacidades de los chilenos como emprendedores, ya que pese a las facilidades y condiciones que ofrecía el medio para prosperar, especialmente explotando zonas agrícolas como Quillota, sostenía que su indolencia les impedía sacar buen provecho de la situación.

Una de las escasas referencias a acontecimientos nacionales que hizo María Bulling fue en relación a la inauguración de ferrocarril, para el tramo de Valparaíso a Viña del Mar, el 16 de septiembre de 1855. Ella intentó participar en el viaje inaugural pero le fue imposible por la elevada cantidad de público que participó (Von Loe, *María Bulling. Una institutriz alemana* 203).

En el caso de Minna, la relación con chilenos de la elite al parecer se reducía a la esposa de Thomas McLaughlin, a quien describía como “una extraña mezcla de bondad e inconstancia, simplicidad y coquetería, por lo que nunca llegamos a ser muy íntimas” (Dobrucki 75). Hacía notar que a los 25 años ya tenía un hijo de 8, comentando que las niñas en Chile no disfrutaban su juventud y contraían matrimonios muy jóvenes, por lo cual envejecían y se afeaban muy pronto. En otra ocasión, Minna hacía una reflexión en general sobre los chilenos, afirmando: “Es extraña la gente acá, tiene buena disposición, pero poca educación, demasiado instintiva podría decirse” (Dobrucki 68).

Respecto de la población indígena mapuche, que pudo conocer Minna en un viaje a Concepción, tampoco recogió muy buena impresión, por

cuanto los califica de perezosos y a su parecer la culpa la tendría el clima. Sostiene que son muy pocas las cosas que ellos elaboran y solo se encuentran tejidos a telar, bien teñidos y gruesos, pero aparte de eso no había nada más. Sus referencias a los niños no fueron muy positivas, por cuanto sostenía que “los hijos de los nativos son todos muy malos, mienten, roban y engañan y parece que nacen con todas esas características” (Dobrucki 92).

Su admiración por la geografía del país es recurrente, afirmando en algún momento que Chile es el país más bello de la Tierra, en lo cual coincidía también con su esposo Adolph. Sus referencias a la situación política del país son escasísimas y marginales, como cuando alude al fusilamiento de dos asesinos, sosteniendo que dichos fusilamientos se hacían con poco cuidado por cuanto en una ocasión fusilaron a cuatro en vez de tres y en otra oportunidad fue al revés, tres en vez de cuatro. Sostenía que se trataba de una república bárbara, aunque agregaba que las cosas se desarrollaban con mucha tranquilidad y que no había revoluciones. En relación a los militares, su opinión tampoco era muy positiva, ya que calificaba sus desfiles como ridículos al compararlos con las tropas prusianas (Dobrucki 60).

Si bien es efectivo que el relato tiene como protagonista a la colectividad alemana, se puede colegir que el grupo reconoce también otras identidades más allá de las propiamente étnicas, pues además de los británicos, que estaban muy vinculados a los germanos por comunes actividades comerciales, participan del grupo otras personas de distintas nacionalidades que compartían el mismo etos social.

Curiosas resultan también las constantes alusiones que hacía María a las reservas que le merecían los ingleses. Se refiere a ellos como latosos, sosteniendo que solo los alemanes son atentos (Von Loe, *María Bulling. Una institutriz alemana* 52). Agregaba que son tiesos, aburridos, extraños y envidiosos con los alemanes (69, 84 y 95). Por su parte, Minna Claude, quien convive mucho más con ingleses que con alemanes, recogía una crítica que hizo su cuñado a las mujeres inglesas y norteamericanas, sobre las cuales pensaba que existían muchas tontas, opinión que al poco tiempo de estar en Chile compartía también nuestra informante (Dobrucki 50). Tampoco era buena la opinión que tenía Minna de los franceses, por cuanto se negaba a concurrir a los baños públicos, argumentando que estos estaban llenos de franceses barbudos que le daban asco (Dobrucki 85).

7. CONCLUSIONES

Los relatos reunidos constituyen, sin duda, un aporte interesante para conocer aspectos propios de la historia social de las familias de inmigrantes pertenecientes a la burguesía de la época. El hecho de que las protagonistas sean mujeres nos provee de información y antecedentes de mayor sensibilidad y precisión que no encontramos en las fuentes cuyos autores son hombres, sobre todo cuando se refieren a los espacios familiares o de su propia intimidad.

Por otro lado, las vivencias personales del rol que desempeñan las autoras como mujeres en la sociedad deja de manifiesto su descontento y crítica ante la posición desmedrada que tienen en beneficio de los hombres. Como reiteradamente lo manifiesta María Bulling, quien se debatía entre la libertad y la seguridad económica que podría significarle el matrimonio, se ve que finalmente, al separarse, optó por la libertad.

Durante el período estudiado, se perciben características importantes de la colectividad alemana, como la permanente movilidad del grupo, ya que constantemente se está haciendo alusión al retorno que realizan muchos de ellos, situación que explícitamente hace notar, por lo demás, una de las autoras (Von Loe, *María Bulling. Una institutriz alemana* 252). Igualmente, se destaca la activa vida social diaria que tienen las mujeres a través de paseos y visitas a toda hora que se efectúan entre ellas. La hospitalidad y la convivencia permanente entre las mujeres constituían un rasgo característico solo explicable por las escasas ocupaciones que tenían en casa. En todo caso, no se puede generalizar en cuanto a la activa vida social, por cuanto hay también un sector que se mantiene alejado aún de las diversiones de su propia colectividad.

El transcurso del tiempo va mostrando la evolución que experimenta la sociedad en diversas manifestaciones, y bien sabemos que la elite en muchos de estos cambios sociales tenía una posición de liderazgo. Es interesante la evolución y diferencia de pensamiento que muestran las autoras. En el caso de Minna Claude, vemos a una mujer típica de una familia de estructura patriarcal que asume un rol muy dependiente frente a su esposo. En cambio, María Bulling se muestra más independiente y deseosa de gozar de mayor libertad en su posible relación marital.

La conducta que muestran los inmigrantes que forman parte de una elite aparece muy homogénea en cuanto a su vida comunitaria marginada del medio local. En todo caso, debemos señalar una situación de doble discriminación. Por un lado, se percibe un fenómeno étnico y, por otro, de tipo social, ya que los pocos nativos que permean al grupo pertenecen también a la elite dentro del medio donde operan todos. Se percibe así una suerte de homogamia social como resultado de la similitud en su capital cultural, ingresos y oficios (Otero 44).

La permanente relación que tienen estos grupos con Europa permite también reconocer ciertos comportamientos tradicionales propios de la burguesía europea, reflejados en la educación, las conductas sociales, el vestuario, etc. Asimismo, a inicios del siglo XX, se perciben en su conducta demográfica comportamientos que denotan mecanismos de modernización, como ir aumentando la edad del matrimonio con el paso del tiempo y, especialmente en el caso de los alemanes, tener un mayor control sobre la natalidad, evidenciado en la disminución de los nacimientos, particularmente entre quienes profesaban el luteranismo (Salinas).

BIBLIOGRAFÍA

- Aravena, Ana Rosa, María Noelia Herrera y Marcela Pérez. "Análisis demográfico de los inmigrantes europeos en Valparaíso a través de los matrimonios en el Registro Civil 1885-1920 (alemanes, franceses e italianos)." Memoria para optar al título de Profesor de Historia y Geografía, Universidad Católica de Valparaíso, 1988. Impreso.
- Bilot, Pauline. *Allemandes au Chili*. Rennes: Presses Universitaires de Rennes, 2010. Impreso.
- Cano Calderón, Amelia. "El Diario en la literatura. Estudio de su tipología." *Anales de Filología Hispánica*. 3 (1987): 53-60. Impreso.
- Dobrucki, Verónica. "Presentación y aplicación de un modelo de análisis textual relevante para el proceso traductor: Cartas y Diario de Vida de Minna Claude en edición bilingüe con comentarios históricos." Tesis para optar al grado de Magister en Lingüística, Facultad de Humanidades, Universidad de Playa Ancha de Ciencias de la Educación, 2003. Impreso.

- Garreaud, Jacqueline. "La formación de un mercado de tránsito. Valparaíso 1817-1848." *Nueva Historia*. 3.11 (1984): 157-94. Impreso.
- Guía de Valparaíso y Santiago. Repertorio General para el año 1857*. Valparaíso: Imprenta del Comercio, 1858. Impreso.
- Green, Nancy. *Repenser les migrations*. France: Presses Universitaires de France, 2002. Impreso.
- Kellenbenz, Eduard W., "Eduard Wilhelm Berckemeyer, Mercader Hamburgués en Valparaíso (1837-1838)." *Revista HISTORIA* (Pontificia Universidad Católica de Chile). 22 (1987): 39-40. Impreso.
- Merwin, George B. *Three Years in Chile*, Illinois: Southern Illinois University Press, Carbondale. 1966. Impreso.
- Otero, Hernán y Adela Pellegrino. "Compartir la ciudad. Patronos de residencia e integración de inmigrantes en Buenos Aires y Montevideo durante la inmigración masiva." *El Mosaico argentino. Modelos y representaciones del espacio y de la población. Siglos XIX y XX*. Dir Hernán Otero. Buenos Aires: Editorial Siglo XXI, 2004. Impreso.
- Repertorio Nacional formado por la Oficina Nacional de Estadística*. Santiago: Imprenta del Progreso, 1850. Impreso.
- Salinas, René. "Una comunidad inmigrante: los alemanes en Valparaíso, 1860-1960. Estudio demográfico." *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, Bd. 29. Köln, 1992. Impreso.
- Torres Marin, Manuel. *Así nos vio la Novara. Impresiones austriacas sobre Chile y el Perú*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1990. Impreso.
- Treutler, Paul. *Andanzas de un alemán en Chile, 1851-1863*. Santiago de Chile: Editorial del Pacífico, 1958. Impreso.
- Vargas, Juan E. "Aspectos de la vida privada de la clase alta de Valparaíso: la casa, la familia y el hogar entre 1830 y 1880." *HISTORIA* 32 (1999): 617-84. Impreso.
- Von Loe, Elisabeth. "Inmigrantes alemanes en Valparaíso (Siglo XIX). El horizonte de los valores. Su autoimagen." Inédito.
- . "Esparcimiento, sociabilidad y vida comunitaria en la colectividad alemana de Valparaíso durante el siglo XIX." *MAPOCHO*. 45.1 (1999): 181-98. Impreso.
- . "El Diario de Vida de Marie Bulling, 1850-1861", Ponencia X Jornadas de Estudios Migratorios, Universidad Católica de Valparaíso, Agosto 2000.

- . *Marie Bulling. Una institutriz alemana en Valparaíso. Diario de Vida 1850-1861*. Valparaíso: Editorial Puntangeles, Universidad de Playa Ancha, 2004. Impreso.
- . "Comerciantes alemanes en Valparaíso durante el siglo XIX. Aspectos de su vida privada y comunitaria." *Tributo a Valparaíso*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2007. 194-219. Impreso.